Doctor Rafael Ardila Duarte, presidente de la Junta Directiva UNAB, Doctor Alberto Montoya Puyana, rector de la Universidad, Doctora Eulalia García Beltran, vicerrectora Académica, Doctor Gilberto Ramírez Valbuena, vicerrector Administrativo y Financiero, decanos y directores de las facultades, orgullosos padres de familia, amigos y graduados. Buenas tardes y gracias por acompañarnos.

En primer lugar, quiero agradecer no solo por este memorable momento, sino por el miedo y la preocupación de pensar en este discurso. Me gustaría haber aprendido a imaginarlos a todos en ropa interior para sentirme menos nervioso. Y… debo admitir que aún me parece increíble este mérito y por eso tuve que repetirme a mí mismo una y otra vez que estoy aquí gracias a mi esfuerzo.

Por otra parte, me resulta increíble que hayan pasado 17 años desde que inició mi instrucción para “ser alguien en la vida”, como solían decirme cuando entré a la escuela. Ahí encontré el primer problema que nos atañe como sociedad, la necesidad de sobresalir como alguien de valor. Creo firmemente que nuestro valor se mide por la calidad de nuestras acciones, estas dirigidas por decisiones tomadas desde nuestro carácter. Sé que resulta onírico para muchos de nosotros la posibilidad de escoger qué queríamos hacer con nuestra vida y por tal razón, nos fijamos a las expectativas de los demás, para otros, nos resulta todo de acuerdo a nuestros planes, pero eso ya no debe importar porque ahora la principal razón de estar aquí debe reducirse al orgullo de sentir la realización de un gran sueño.

Tengo plena seguridad de que a muchos de nosotros nos preocupa lo que nos depara el futuro, pues este está lleno de incertidumbre. Bien, existe la probabilidad de que el futuro sea aún más incierto de lo que ya pensamos, pero no nos preocupemos, este no es un fenómeno reciente en las sociedades contemporáneas, Dostoiesvski hace más de un siglo nos describió como personas que aman las cadenas por la facilidad de evitarnos la angustia de razonar, ya que estamos acostumbrados a que todo nos sea dado y de no ser así, a hacer figurar lo que hacemos como el colmo de la dificultad, cuando las cosas verdaderamente difíciles son las que creemos poder hacer en nuestra cotidianidad. Así, dejamos a un lado nuestro presente, por ansiar un futuro próximo. Como Estalisnao Zuleta dijo: “La pobreza y la impotencia de la imaginación nunca se manifiesta de una manera tan clara como cuando se trata de imaginar la felicidad (…) Metas infortunadamente inalcanzables, paraísos afortunadamente inexistentes”.

Hace algunos años entrábamos a la universidad con muchas preguntas, muchos no sabíamos si era la carrera apropiada, otros con plena confianza en nuestra decisión de iniciar el viaje. Hemos pasado por tantas situaciones que de una u otra forma nos han hecho cambiar nuestra idea inicial… o tal vez no. Lo importante es que hemos hecho camino al andar. Quién no recordará mis interminables sueños en clase junto a mi compañera de siestas, Maria Fernanda, la tortura que representaba para Katherine, Carolina y Leidy el tener que aguantar mis cambios de ánimo, las muchas discusiones que terminaban en abrazos con Edna, Laura, Angélica y Lina o las noches de hambruna en las que Estibaliz y Hollman me alimentaban. A ustedes, muchas gracias.

Y por supuesto, tampoco puedo dejar atrás a mis profesores, a los buenos y a los no tan buenos. Sus enseñanzas me hicieron mejor profesional, pero también más humano. Paloma Bahamón y Sandra Oróstegui, con su crítica social y análisis del discurso; Alvarito, con sus advertencias para actuar en Derecho; Jorge Ardila, por su apoyo incondicional; Jorge Mantilla y sus enseñanzas para no pasar osos muy peludos; Arnaldo Solano y el valor que le dio a nuestra profesión al momento de enseñar, Tatiana Suárez, porque a ella le debo mucho de mi presente… y no menos importantes, Nydia, Fabio y mis profesores en Chile.

También agradezco a los administrativos, a Fernando Chaparro y a Carmencita por soportarme tanto tiempo, pues reconozco que fui un dolor de cabeza al hacerlos trabajar entre las 11 de la noche y las 3 de la mañana con mis constantes peticiones. Fabiola y Moniquita, por siempre asesorarme ante mis miles de preguntas.

Ahora, en este punto de mi vida siento que mi felicidad está incompleta, aún tengo muchos sueños por cumplir, errores por cometer y locuras por realizar. Agradezco enormemente a mi madre, gracias a su esfuerzo y amor incondicional estoy aquí; a mi hermana, por su apoyo en los momentos difíciles, a Leidy, a Arley, Juan y Jham, a mis amigos, por brindarme momentos para escapar del mundo y a Genovia, por todas las risas que me han sacado cuando las he necesitado. Nuestro tiempo aquí es muy corto, no vivamos la vida de otros, vivamos nuestra vida, sepamos valorar lo que esta nos brinda, con todo y diferencias. Dejemos que florezcan mil flores, luchemos por nuestros sueños y seamos siempre francos ante la realidad en que vivimos, no nos atribuyamos triunfos de otros ni pongamos sobre nuestra espalda sus fracasos, disfrutemos de lo nuestro.

Finalmente, “no importa si la sensación es triste o hasta desagradable, pero cuando me voy de un sitio me gusta darme cuenta de que me marcho si no luego es más triste todavía”. Hagamos honor a nuestro título, mis queridos graduandos. Forjemos un país mejor. ¡LO HICIMOS!